





REVOLUTION



FERNANDO LÓPEZ DEL OSO  
**REVOLUTION**

XIX PREMIO "CAROLINA CORONADO" DE NOVELA  
CIUDAD DE ALMENDRALEJO

**algaida**



El jurado del XIX Premio «Carolina Coronado» de Novela Ciudad de Almendralejo, 2021, promovido por su Ayuntamiento, estuvo compuesto por Espido Freire, Pilar Galán, Susana Martín Gijón, Jimina Sabadú y Care Santos, resultando ganadora la obra *Revolution*, de Fernando López del Oso.



Excmo. Ayuntamiento  
de Almendralejo



Diseño de cubierta: [www.agustinescudero.com](http://www.agustinescudero.com)

Primera edición: 2021

© Fernando López del Oso, 2021

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria

© Algaida Editores, 2021

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-579-4

Depósito legal: SE. 1.251-2021

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

PREFACIO .....	9
PARTE 1. EVOLUTION.....	21
PARTE 2. DIRECTO AL CORAZÓN.....	137
PARTE 3. REVOLUTION.....	243
PARTE 4. RESOLUTION .....	355
EPÍLOGO.....	385
AGRADECIMIENTOS.....	389





## PREFACIO

*Notas del diario privado del agente de primera clase Kurtz.  
Estación Interior, río Congo.  
Mes de abril de 1893.*

ESCRIBO POR FIN DESDE ESTE FARO EN LA OSCURIDAD QUE ES MI ESTIMADA estación. Han pasado meses desde la última vez que lo hiciera, pero he estado ocupado... lejos... Han sucedido cosas. Si antes ya era importante dejar constancia de mis avances en este diario, ahora es algo imprescindible. Cuando los reyes me reciban y los intelectuales me aclamen, estas notas serán un objeto de estudio de valor incalculable.

Mis negros se han dado cuenta de mi transformación y me observan con reverencia y adoración mientras escribo. La pluma, la tinta, el libro... hasta el secante... se han convertido en elementos de una liturgia que aún no comprenden pero cuya trascendencia intuyen. Incluso este mísero despacho es ahora para ellos (y para mí) una especie de santuario, en el que me encierro durante días para desarrollar los planes cada vez más ambiciosos de mi cruzada. Por eso les apena tanto que, a pesar del denuedo con el que limpian por debajo del suelo de la cabaña, una miríada de insectos se cuele por entre las rendijas de las tablas y acuda a observarme cada vez que enciendo el quinqué. Tengo que consolarlos y explicarles

que no son sino parte de esta selva que lo inunda y lo corrompe todo. Hace dos noches un leopardo entró en el cercado y mató a todas nuestras cabras. Las rajó y destripó una por una, sólo porque podía hacerlo. La naturaleza salvaje se empeña en invadir este reducto de civilización porque me reconoce como el portador de la luz que ha venido a poner fin a su reino de tinieblas, y se revuelve. Perderá. Estoy a las puertas de cosas inmensas.

Mis planes encontraron el cauce correcto cuando decidí librarme del último ayudante que habían puesto a mi cargo. Era un pobre hombre, un mestizo inglés que nunca fue capaz de adaptarse ni de resultarme de ninguna utilidad. Lo envié a la Estación Central junto con un cargamento de marfil el noviembre pasado, con una carta dirigida al director de la estación en la que daba instrucciones para que sacasen del país al pobre desdichado antes de que sucumbiera, y para que a mí me dejaran solo de ahí en adelante. No me interesa ningún hombre de la clase de la que pueda disponer la compañía. No, desde luego, ninguno de esos conspiradores ociosos que deambulan por la Estación Central a la espera de un hueco en el que poder introducirse y anidar. Esos mezquinos, y el caos repelente que reina en la sede de la compañía... Los edificios de madera basta y mal terminados, los ojos ávidos y las sonrisas viles en las caras sudorosas de los agentes, el estrépito permanente, los cordones continuos de negros agotados yendo y viniendo... y, por supuesto, la presencia insultante de los objetos baratos de intercambio: cajas desparramadas de objetos manufacturados de desecho, de cuentas de vidrios de colores, de alambre de latón, de ese percal tan horriblemente teñido que produce dentera sólo de mirarlo. Para las mentes estrechas de la compañía eso es todo lo que importa, el tráfico inmoral de esa morralla en un sentido y de cantidades inmensas de marfil en el sentido contrario. El marfil por el marfil. ¿Dónde está el propósito de ese triste comercio?

Junto con mi ayudante iban los negros armados que la compañía me había asignado. No los soportaba más. A partir de ese momento, todo se haría a través de mí y por mis hombres, escogidos de entre los nativos y con una lealtad y obediencia a toda prueba.

Ningún personal más de la compañía: un plan grandioso no puede realizarse rodeado de personajes despreciables.

Acompañé al convoy junto con cuatro de mis negros (más por asegurarme de que efectivamente se iban que porque fuera necesario) hasta que llegamos a vislumbrar el tráfico de canoas y vapores de Equatorville. Nos detuvimos a una prudente distancia en una de las mil islas que tiene el río a su través y nos despedimos. Mi ayudante tenía lágrimas en los ojos y parecía aterrado ante la idea de continuar el camino sin mi amparo. Con una profunda sensación de alivio los vi marchar. Aquí tenía yo la idea de haber regresado a mi Estación Interior, pero el gran peso del que se habían liberado mis hombros estimuló mis ánimos de explorar. Estábamos al sur de mi territorio habitual, cerca de la confluencia del Congo y del Ubangui, y entre ambos se abría un amplio territorio virgen, enmarañado, lleno de marfil y de poblados que vivían todavía sin haber visto la luz de la civilización. ¡Ningún contrato firmado en esa región! ¡Ninguna estación, ningún agente! ¡Todos esos poblados esperando envueltos aún en las tinieblas, y al alcance de mi mano! Tenía mi carabina y un rifle, alambre de cobre y un saquito de cuentas. No hacía falta más.

Mis hombres remaron hasta la orilla derecha. Disponía del mapa del capitán Vangele (que acababa de remontar con éxito el Ubangui), donde aparecía un río que me interesaba porque penetraba en el corazón de la región que iba yo a explorar. De él sólo se veía su desembocadura y una tenue línea discontinua que avanzaba tentativa un par de milímetros antes de desaparecer. Nadie lo había recorrido todavía. Esta región (este país) se conoce sólo desde la cubierta de los vapores que han navegado sus ríos principales. De lo que hay tras la primera línea de árboles nada se sabe; permanece en la oscuridad. En ella penetraría yo siguiendo el Ngiri.

Para alcanzarlo continuaríamos por el Congo hasta que las aguas pardas del Ubangui anunciaran su presencia. Luego, subiríamos por él durante más de cien kilómetros hasta encontrar nuestro río. Llevábamos ya un día dejándonos llevar por la corriente cuando nos encontramos una especie de canales que penetraban en la selva. Acababa de terminar la época de lluvias y el nivel de las aguas estaba

en lo más alto. Uno de mis hombres se atrevió entonces a decirme que él sabía llegar al Ngiri utilizando esos canales. Dijo que allí vivían los ba-loi, que entre otras cosas eran piratas y que en una ocasión habían llegado hasta su poblado en una cacería de esclavos. Él fue con el resto de guerreros hasta donde los ba-loi para liberarlos, y lo hicieron por estos canales. Decidí entonces que este hombre sería nuestro guía para la expedición, y desde aquel momento se aplicó a su misión con tanto empeño que no hubiera podido soñar yo con uno mejor. Son estos nativos extraordinariamente maleables, se convierten en general en lo que uno cree que son. Moldeados por las manos adecuadas, pueden alcanzar logros notables.

En solo dos días llegamos al territorio de los ba-loi. Se trata, verdaderamente, de salvajes. Pero ¿quién puede reprochárselo? No conocen otra cosa. Es el país de los niam niam. Mi propio guía tenía los dientes limados en punta. Nos brindaron un recibimiento, por lo demás, muy cordial. Era yo el primer blanco que venía a traerles una relación comercial. Les ofrecí algunos abalorios porque de momento es lo que entienden y lo que les atrae, como un niño al que se engatusa con la promesa de un dulce al término de sus deberes sin que se dé cuenta de que es la realización de esas tareas lo que le aprovecha, y no la golosina. A cambio firmamos los contratos, mis contratos, no los que siguen el sistema de la compañía, ineficaz a todas luces porque ha sido concebido por burócratas que jamás han puesto un pie aquí. Es el suyo un sistema mezquino y degradante, como esas notas infames (que los negros nunca acertarán a descifrar) que algunos agentes obligan a conservar a los jefes y en las que pone para futuros comerciales que ese jefe es un cretino y un inútil pero que conviene mantenerlo en el puesto porque antes sacrificaría a medio poblado que no cumplir con sus cuotas. A la compañía, hay que admitirlo, sólo le preocupa que el marfil fluya. El cómo no le interesa. Por eso nadie se ha inmiscuido en mis planes, porque yo consigo más marfil que el resto de agentes juntos. Pero yo llevo mis propios registros, los contratos se hacen bajo mis términos, y para mis negros sólo yo soy, y seré, el único interlocutor válido. En mi idea de comercio yo pongo de igual a igual al salvaje y al civilizado, y eso les emociona. Es la civilización lo que les traigo a cambio de su marfil.

Más hacia el interior de donde se asientan los ba-loi, el Ngiri forma un valle no muy ancho por el que se extiende una especie de sabana inundada. El río fluye allí lentamente y sus aguas son oscuras y muy retorcidas, y serpentean a través de una sucesión de lagunas cubiertas de hierba alta e islotes por las que sólo se puede progresar con la ayuda de pértigas. Ningún vapor hubiera pasado nunca por aquí. Era necesario transformarse en un salvaje. A medida que remontábamos encontramos poblados abandonados cubiertos por el agua y otros contruidos sobre pilotes en los que parecía que sus habitantes habían huido al detectar nuestra presencia. Adivinaba sus ojos entre el follaje, expectantes. Debía ser yo el primer hombre blanco que veían. En alguna ocasión fuimos recibidos por lluvias de flechas lanzadas desde la espesura y el batir de tamtánes, que yo acallaba con un par de disparos al aire de mi Martini-Henry. No todos los nativos reaccionaron de igual forma; obtuve varios contratos. Debía haber elefantes en abundancia, pues encontrábamos buenas cantidades de marfil en prácticamente todos los poblados. Algunos de los caciques, con artísticas cicatrices en sus frentes y coronas de plumas, me dijeron que más arriba por el río vivían los ba-ati, que aglutinaban el comercio en la región. Alcanzarlos se convirtió en mi nuevo objetivo. La naturaleza hostil parecía haberse dado cuenta de mis planes y se mostraba ominosa: flanqueando el río se cernían muros continuos de árboles muertos de raíces altas y espectrales, amarrados a los vivos por una maraña impenetrable de lianas que, en los raros casos en los que se abría, era para dejar paso a un terreno pantanoso en el que resultaba imposible acampar y en donde los mosquitos nos mortificaban... Dormíamos en la canoa, tapados con las lonas a pesar del calor agobiante. Fue así durante días. Unas riberas redivivas, de bosques de bananos y palmeras, nos anticiparon el territorio de los ba-ati.

El poblado estaba situado en un terreno elevado al que se llegaba subiendo una escalera labrada en la ladera. Era espacioso y despejado, limpio, y su visión nos alivió de la opacidad que habíamos venido sufriendo en el río. Debían vivir en él varios cientos de nativos. La mayoría de los hombres llevaba la cabeza afeitada y se había arrancado los cuatro incisivos superiores. Las mujeres tenían

un lóbulo agujereado en el que se habían introducido unos discos de madera, que producían al moverse un gracioso efecto como de aleteo. Todos me rodeaban y me miraban con sorpresa y admiración, y los más valientes se atrevían a extender sus manos y tocar mi piel. Yo me dejaba, feliz, y correspondía a sus sonrisas. Sin darnos cuenta el grupo nos fue llevando hasta su jefe. Tuve yo la sensación de hallarme entonces frente a alguien verdaderamente notable. Estaba al aire libre, sentado con apostura real en una butaca de madera labrada que habían colocado sobre una estera enorme. Detrás de él había mujeres, conté más de veinte: resultaron ser sus esposas. Por entre ellas, niños sanos de ojos enormes. Toda la familia real llevaba adornos de marfil y aros de metal. Rápidamente me trajeron a mí otro asiento y nos presentamos y departimos. Hablaba bobangui (es imposible que el resto de agentes conquiste la confianza de los nativos si antes no se molesta en aprender sus dialectos).

Ekwala, así se llamaba, se mostró inmensamente conmovido por mis planes. A una orden suya llegaron ríos de marfil desde todos los rincones del poblado. Había brazaletes y collares, aros, colmillos enteros deliciosamente grabados que habían sido vaciados a modo de trompas. A un gesto de su jefe uno de los artesanos aproximó sus labios a la obertura de una de estas trompas y al soplar produjo un sonido grave y vibrante que me causó una enorme impresión. Era el sonido del hombre prehistórico soplando a través de los huesos de sus animales muertos... No lo sabía aún, pero esa reacción fue algo premonitorio, era mi alma que se ponía en guardia. De repente los nativos se apartaron y formaron un pasillo por el que se acercó, majestuosa, una mujer pantera, una Artemisa de ébano de una belleza soberbia y altiva. Su mirada parecía penetrar hasta el fondo de tu ser. Llevaba anillos de bronce hasta las rodillas y pulseras hasta los codos. Traía un colmillo de elefante de un extraordinario color rosado. Nunca en mi vida había visto nada semejante.

Celebramos un banquete en la casa de Ekwala, una enorme estructura, la más grande del poblado, con paredes de barro cocido y un colosal techado en forma de campana del que resultaba difícil distinguir la urdimbre de su estructura superior, tan alto estaba. Comimos, le pregunté y dijo: «*Mboli*», que significa cabra, y le arran-

qué la promesa de que me llevarían al lugar de origen de ese insólito marfil rosado que estaba seguro de que alcanzaría la más alta cotización en Europa. Para ello habría de viajar yo al verdadero corazón del primitivismo y, sin saberlo, resultó que aquella travesía tenebrosa ya había dado comienzo: removiendo en mi cuenco, al fondo del guiso, busqué con la punta de mi cuchillo un trozo de carne y lo que saqué... fue un dedo. No era cabra, sino prisionero, que se pronunciaba «moboli»... Me levanté sin alterar el gesto y conseguí mantener la dignidad hasta salir de la casa. La rodeé con los ojos inundados de lágrimas buscando donde no me vieran y entonces vacié mis entrañas. En cada convulsión trataba de aspirar todo el aire de la selva como si así pudiera desplazar de mí hasta el último hálito enfermizo de aquella aberración. Cuando terminé de purificarme lo mejor que pude levanté el rostro y abrí por fin los ojos y estos se encontraron con las cuencas vacías de otro rostro, reseco y tirante, que me sonreía. Los postes que como un cercado rodeaban la casa estaban rematados por las cabezas cortadas de decenas de infortunados. No me asusté, a pesar de la sorpresa. Simplemente no podía dejar de mirarlas, tal es la fascinación de lo abominable.

El viaje duró varias semanas. Caminar, acampar, cocinar, dormir. Y a lo lejos los tambores, sugestivos y salvajes. Maleza oscura y húmeda, que uno de los negros de Ekwala abría a golpes de machete. Chapoteábamos a veces con el agua hasta la cintura, siempre avanzando. Una noche de tormenta ví rayos trifurcados en el horizonte, que no llegué a escuchar. El aire estaba cargado de electricidad. La mujer pantera se convirtió en mi amante. Eran selvas oscuras, senderos sinuosos... Ya apenas si recuerdo el rostro de mi prometida.

Mi empeño sincero de llevar la luz era lo que me animaba. A nuestro paso por los poblados generaba yo una auténtica efervescencia humana, bandas de niños, de mujeres, de hombres tatuados y con los dientes limados que me rodeaban y tocaban como para asegurarse de que era real. En cuanto a los negros que me acompañaban, ninguno se quejaba. Indolentes, resistentes, seguían a mi lado sin cuestionarse nada. Sentía ya un profundo amor por ellos.

Por fin llegamos. Estaba entre unos campos de mandioca que atendían muchachas jóvenes. Uno de mis hombres se había adelantado y nos esperaban. Los hombres flanquearon nuestra entrada hacia la plaza de arena fina que era el centro del poblado. No iban armados, y sonriendo se agitaban al ritmo de los tambores y los tamtánes. Al fondo estaban las mujeres y los niños, que al vernos prorrumpieron en un canto agudo y vociferante que acompañaron de un baile frenético. Los niños pataleaban y las mujeres, sobre todo las más viejas, que eran las que estaban más excitadas, se meneaban de manera estrafalaria y lamentable. Era aquello algo que me repelía, pero por lo que al mismo tiempo me sentí inexplicablemente atraído. La pureza de las emociones que agitan el corazón del hombre salvaje es tan reconfortante... Pero había más: unas ganas irrefrenables de abandonarme y bailar con aquellas matronas, de entregarme a esa fiesta primitiva que agitaba toda la selva. ¡Yo, adalid del mundo moderno, que venía a traerles la civilización! Esa sensación de que podría participar de aquello, ese impulso de desnudarme y retorcerme fue lo que me dio más vértigo. Supuso una revelación asombrosa.

Fuimos después ante el jefe y el Consejo. Iba casi en volandas, me llevaban fascinados. Ellos... será mejor dejarlo de momento. Primero comimos. Luego les hablé de la luz, de la moral, de la ley y los valores de la Europa moderna. A medida que lo hacía, sentía que me recomponía. Uno de los niños, que no se había separado de mí ni un momento, apoyaba la cabeza sobre mi muslo. Los ojos de su jefe irradiaban candor y sencillez mientras me escuchaba. Yo... Se me entregaron con tanta docilidad... Sellamos el contrato y me dieron como muestra de su fidelidad un ídolo de piedra. Era un arcano primitivo, un vestigio de la tierra primigenia. Tosco, elemental, la luz le arrancaba azules reflejos abisales. Lo tengo embalado junto con otros objetos recogidos durante los intercambios: irá con el próximo cargamento, no podría seguir mirándolo. Después me enseñaron su marfil; había elefantes en el bosque cercano. Les dije que me llevasen donde los del marfil rosado. No querían, pero los obligué.

Se mostraron tremendamente celosos a medida que nos adentrábamos en el bosque. No hubieran ido nunca tan lejos si yo



no me hubiera mostrado inflexible. Para ellos la selva estaba envuelta por la bruma de una superstición profunda. Su hombre sabio no supo decirme nada concreto cuando le inquirí al respecto. Ellos tenían sus cultivos, sus colinas despejadas, algo de ganado..., el bosque era para los salvajes (así se referían despectivamente a los pigmeos que vivían en lo profundo, a los que consideraban inferiores). Ni siquiera el marfil que había allí les interesaba. Si de vez en cuando mataban a un elefante que se había acercado demasiado era «porque de una sola vez podía comerse cuatro o cinco cestos de maíz». En cuanto al marfil rosado, bien, en alguna ocasión los pigmeos lo habían traído para cambiarlo por hierro o cereales. Pero ellos no entraban tanto al bosque. No querían saber nada. Porque ese era lugar para los salvajes, y ellos lo evitaban de todas las maneras posibles. Más tarde lo comprendería...

La expedición de caza supuso el descenso definitivo al reino de las tinieblas. Resulta imposible imaginar algo más triste, más sombrío y ceniciento que aquella selva de la que ni el cielo que la cubría tenía una pizca de color. Todo era gris, mate, no había allí ni un rayo de luz. La atmósfera estaba tan saturada que chorreábamos sudor. Había plantas extrañas de hojas inmensas y brillantes de humedad que formaban el sotobosque, y de los árboles de troncos altos y descoloridos colgaban lianas con pequeñas flores blancas que emitían un dulzor sofocante. Atravesábamos frecuentemente riachuelos y resbalábamos por el barro. De vez en cuando cantos de pájaros, desconocidos, inquietantes. Éramos vagabundos en una tierra prehistórica. ¿Cuánto llevábamos de viaje? Y aun así yo era feliz y tiraba de todos, porque aquí y allá, cuando el sendero se transformaba en esa senda amplia de plantas pisoteadas y troncos reventados que yo conocía tan bien, las huellas de los elefantes emergían triunfales de la tierra húmeda. Siguiéndolas llegamos donde los pantanos. Yo corría, me sentía el único despierto en aquella selva que dormía un sueño opresivo, una pesadilla. Y los negros, todos míos ya, que me seguían... Por fin encontramos a los elefantes. Cogí el rifle pesado y maté a dos antes de que se dispersaran. Mis hombres profirieron gritos de alborozo. Rápidamente arrancamos el marfil rosado mientras los rastreadores se-

guían las huellas frescas. Una nueva fuerza nos recorría a todos. Ese marfil extraordinario, lo sabía, lo haría todo posible. Daba vueltas en torno a los colmillos imaginando nuevos planes y esperando ansioso continuar la cacería. Y entonces vino uno de mis hombres, con el rostro demudado por una expresión salvaje... ¡Huellas enormes! Todos nos lanzamos detrás de él, corriendo, deslizándonos por el barro, hasta que llegamos a otro pantano. Torcimos hacia uno de los lados siguiendo el rastro, estábamos en un ramal estrecho, y entonces vimos a unos pigmeos que nos hacían señas con la mano desde la orilla de enfrente. Eran gestos apremiantes, estaban alarmados. No se atrevían a hablar. Mis hombres fueron a detenerse pero yo no estaba dispuesto, las huellas eran tan frescas que aún se estaban llenando de agua... Los pigmeos, aterrados, susurraron cosas inaudibles. Yo no quise escuchar nada, avancé unos pasos más. Con mis negros apretándose a mi espalda me asomé con el rifle tras aquellas plantas abyectas, y entonces... ¡Ah! ¡El horror!

\* \* \*

*He tenido que levantarme y buscar sosiego contemplando mis cabezas y mi marfil. Es esta una tierra extraña, donde al final, en cada momento trascendente, uno está absolutamente solo. La civilización, las leyes, la sombra de los jueces, todo eso que cotidianamente nos acompaña en nuestras decisiones, está ausente; es de otro mundo. Sólo tiene uno aquí lo que verdaderamente sea de uno. Todo lo demás se disuelve y cae.*

*Es algo purificador, por otra parte: la esencia de cada cual queda al descubierto.*

\* \* \*

En cuanto tuve fuerzas para tenerme en pie salí de la cabaña. No aguantaba más, inmóvil en la oscuridad. Había estado escuchando en mi delirio los cantos inconfundibles de los funerales y allí fuera los encontré a todos, amortajados. Permanecí con ellos hasta que

llegó la noche. Sentía que una energía arrolladora emanaba de sus cuerpos y penetraba en mi organismo. Los negros del poblado me miraban solemnes. Había tenido una revelación, el velo se había corrido y ahora veía yo la verdadera dimensión de mi cruzada. Era algo inmenso. Luego llamé al jefe y reuní al Consejo. Hubiera podido prender un tronco en llamas con sólo una orden de mi pensamiento, tal era la fuerza que me recorría.

La oscuridad salvaje nos había llevado al campo de batalla, dije. No estaba dispuesta a rendir sin luchar su reino de tinieblas. Si queríamos dispersarlas no podíamos esperar a que la luz simplemente se abriese camino, no podíamos traerla mientras todo siguiera en el fondo negro y corrupto, pues no florecería entonces; teníamos que extirpar la oscuridad primero, purificar esta tierra para que la luz pudiera luego obrar su efecto. Domeñar a las bestias que anidaban en ella, masacrarlas si era necesario. Como Mitra, estaba yo decidido a aniquilar a la bestia primordial para levantar sobre sus cenizas los cimientos de mi civilización.

El hombre sabio habló entonces. Había estado meneando la cabeza de manera negativa durante todo mi discurso. «¡No!», dijo, y me acusó de estar movido por un ánimo tan negro como la oscuridad misma. A mí, que tanto había padecido por traer esa luz que ya me quemaba... Le conminé a que se desdijera. Señaló hacia fuera y dijo que habían muerto por nada: que esa civilización que yo decía que traía no existía realmente. Que era una ilusión. Me pidió que abandonara. Esa serpiente, aliada de lo tenebroso, que emponzoñaba los corazones de mis negros con sus conjuros y supersticiones... Quería privarme de mi marfil. Salí de la casa y fui a donde mis cosas. Regresé con la carabina. Volví a darle ocasión de rectificar. En vez de eso se enfrentó de nuevo y me acusó de ser un fraude. Yo... le disparé. Le disparé y cayó. Todo el poblado se quedó en silencio. El jefe, que siempre me había parecido un inútil, me miraba con la boca muy abierta. Recorrí a los miembros del Consejo de uno en uno con la mirada y luego me di la vuelta y de frente a todo el poblado dije que a partir de ese momento yo sería su hombre sabio. Que yo los dirigiría, si ellos me seguían. Que allanaríamos la selva, la doblegaríamos, haríamos de ella un lugar tan domesticado como sus

maizales. Que ya no sería ese lugar horrible en el que un hombre había de exponerse a los recursos más elementales de su espíritu para sobrevivir.

Gritaron de júbilo, alzaron las lanzas, sacaron sus tambores y los golpearon con fuerza. Me hicieron una danza nocturna y, en medio de la luz cambiante que proyectaban las antorchas, creé para ellos nuevos ritos que los embriagaron. Por cómo me miraban, mi persona debía desprender un aura de deidad sobrenatural, como uno de aquellos dioses de la antigüedad. Sí, yo era su Júpiter, los había hipnotizado con el rayo y con el trueno de mi Martini-Henry.

Me quedé durante un tiempo, ordenándoles e instruyéndolos en lo que tenían que hacer. Luego pude emprender por fin mi camino de regreso, un camino de evangelización en el que fui convirtiendo poblado tras poblado. Me escoltaban aquellos que no toleraban separarse ya de mí, y el resto se quedaba transformado, entregado a su labor. ¡Harían lo que les pidiera! Doblegaríamos a la naturaleza salvaje. Erradicaríamos a las bestias. Extraeríamos todo el marfil de esta tierra. Secaríamos a sus elefantes y desenterraríamos a los que ya hubieran muerto... Sí, ni esos se librarán. Me haré con todo el marfil, ¡con todo! ¡Lo reuniré, lo cambiaré, lo robaré si es necesario! Deslomaré a mis hombres si hace falta. Así sabrá la oscuridad a quién se enfrenta... Mientras escribo, frente a mi cabaña, mis negros apilan un cargamento descomunal que en breve enviaré a la Estación Central. Todos serán así a partir de ahora. ¡Nada se interpondrá en mi plan! ¡No dejaré que nadie me lo impida! Acabaré con los que pretendan evitar que la civilización llegue a iluminar este lugar. Ese hombre sabio y su culto al fetiche... Él y los demás salvajes... ¡Son sus cabezas, sus cabezas cortadas y reseca las que me miran desde sus picas mientras escribo! ¡Silentes, sonrientes, satisfechas porque su aviso postrero se ha cumplido! ¡Porque no, no hay salvación posible! ¡El horror! ¡Ah, el horror...! ¡Te arrancaré el corazón!